

Francisco Ortega

Dioses chilenos



Génesis

En el principio no había más que caos y desorden. Y estaba Nge-
nechén, el Padre del Cielo, a quien también llamaban Wenuma-
pu Chao y Futa Chaw. Sobre el caos y el desorden, Ngechén
caminaba observando a la nada y sintiendo la soledad de la nada.
Y no le gustó la soledad de la nada. Entonces agarró un poco de
ese caos y desorden primordial y sopló sobre él su aliento. El
soplo se convirtió en chispas y de las chispas brotaron los Ngen,
espíritus menores que se inclinaron ante el creador ofreciendo
su devoción y fidelidad. Ngechén continuó soplando y los
Ngen se multiplicaron hasta ser tantos como granos de arena hay
en el mar que aún no existía.

–Cantarán para mí y alabarán mis obras –les dijo.

Los Ngen levantaron la mirada y entonaron cantos que se
escucharon desde el inicio al fin de lo que existía. Y los espíritus
no paraban de cantar y Ngechén sonreía bienaventuranzas.
Tan ensimismado estaba en su arte que siguió soplando para
crear más coros que escuchar, más coros que cantaran sobre su
magnificencia.

–Canten, canten espíritus míos. –Danzaba Ngechén disfru-
tando de los himnos.

Fue ahí cuando el más bello de los espíritus se acercó al Padre
y se atrevió a hablarle.

–¿Para qué necesitas tantos cantos? –le preguntó, mientras
sus hermanos escuchaban y veían con temor su osadía.

–Porque me hace feliz escucharlos.

El espíritu dio otro paso al frente y continuó preguntando:

–¿Para qué necesitas tantos hijos?

–Ustedes no son mis hijos, son mis adoradores –respondió el
Padre.

—Adoradores e hijos, ¿acaso no podemos ser ambos? —continuó el espíritu, mientras sentía en su interior prenderse una chispa nueva, distinta y oscura a la que lo había formado.

—No —volvió a hablar Ngenechén—, solo adoradores.

El Padre se levantó sobre los espíritus y les anunció que a cada uno de ellos les sería dado un nombre. Miró al más hermoso de ellos, aquel que había tenido la audacia de hablarle y que aún permanecía al frente de las filas, y le dijo:

—Tu nombre será Wünelve, porque eres el más precioso de todos y el que más brillará en el caos de ahora y el orden de mañana. Por eso tu nombre será único...

Wünelve no bajó la mirada y tampoco respondió. Y fueron ciertas las palabras de Ngenechén, ya que el primero de los espíritus fue el único en ser marcado sin la señal Ngen antes de su sustantivo propio. Un hermano suyo se adelantó al frente y a este le fue dado otro nombre y así hasta que cada uno de los espíritus tuvo identidad.

Aburrido de la continua adoración de los espíritus, Ngenechén se retiró a dormir y tras mil años de siesta se despertó y volvió a caminar sobre el caos y el desorden. Decidió entonces que había llegado el momento de ordenar el todo. Tomó a uno de los Ngen y lo aplastó hasta dibujar con él un círculo que dividió en cuatro. Lo dejó flotando sobre la nada, mientras observaba y meditaba qué hacer con él.

—¿Qué hiciste con nuestro hermano? —otra vez Wünelve tuvo la osadía de cuestionar.

—Lo convertí en una nueva idea.

—¿Qué es esta nueva idea? —Se acercó el inquieto espíritu.

—Lo he llamado Meli Witran Mapu...

—¿Y qué es el Meli Witran Mapu?

—Es la representación de lo que existirá, Wünelve... El plan de mi próxima obra.

Ante la mirada atónita de Wünelve, Ngenechén volvió a soplar y a crear chispas con su aliento pero en esta ocasión no formó con ellas nuevos Ngen, sino que las tomó y las esparció por encima y abajo el disco del Meli Witran Mapu. Y de esa mezcla

surgieron los cielos y la Tierra. Y la Tierra estaba vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo.

El más hermoso de los Ngen sintió celos de lo que estaba viendo, pues aquello era más bello que los espíritus. Y al contemplar la felicidad en el rostro del también llamado Dueño de Todo, sintió que ese fuego oscuro que ardía en su interior se convertía en rabia.

Habló el Padre del Cielo: Sea la luz. Y hubo luz. Y vio Nge-
nechén que la luz era buena; y separó la luz de las tinieblas. Y
llamó Ngechén a la luz día y a las tinieblas llamó noche.

Wünelve aprovechó el entusiasmo del Hacedor para escabullirse entre las tinieblas. Se encorvó hasta convertirse en polvo brillante y así voló hasta donde esperaban sus hermanos, a quienes reunió en secreto.

–Ngechén nos ha olvidado –les dijo.

–Es verdad –gritó otro de los Ngen, a quien llamaban Ngen-
vilú–. Cuando despertó ni siquiera vino a saludarnos.

–Para él solo somos servidores –reclamó otro.

–Ha creado algo nuevo, algo que ama más que a nosotros –los
provocó Wünelve–. Y para hacerlo asesinó a uno de nuestros
hermanos...

–Guáanos, Wünelve –habló otra vez Ngenvilú–. Eres el más
bello y poderoso de nosotros.

–¡Sí, guáanos, Wünelve! –gritaron al unísono los espíritus–.
Estamos contigo, hermano. ¿Qué debemos hacer?

–Le arrebataremos lo que ha creado y lo dejaremos para no-
sotros –respondió el más hermoso de los Ngen.

–¿Cómo haremos eso? –preguntó Ngenvilú–. Ngechén es
más poderoso que nosotros.

–Y más grande... –agregó otro.

–Y es el que fue, es y será.

–Pero nosotros somos muchos y Ngechén está solo –chilló
Wünelve–. ¡¡¡Nosotros mandaremos ahora!!! –arengó a sus her-
manos.

–Lo derrotaremos –se dijeron unos a otros.

–Tomaremos su corona –sopló Ngenvilú que ya hablaba como
víbora.

–Lo suyo pasará a nosotros –burlaban repitiendo las ideas del más hermoso de los Ngen.

–¡Caminen conmigo! –arengó Wünelve–. Ascenderemos hasta el trono de Ngenechén...

Mas Wünelve desconocía que entre los Ngen había algunos que decidieron no traicionar al Padre del Cielo y aprovechando la confusión se adelantaron en secreto a sus hermanos y advirtieron a Ngenechén lo que pretendía el más bello de ellos.

–Ha formado un ejército –le dijeron.

–Y son tantos como oscuridad hay en el caos –le contaron.

–Esperaré a ver qué quieren –respondió el Eterno, también llamado Futa Chaw.

Pocos días después las tropas de Wünelve rodearon el trono del Ngenechén y gritaron ordenando su presencia. El Señor se levantó de su descanso y tranquilo caminó hasta la puerta de sus dominios, donde vio parado a Wünelve.

–¿Qué es lo que deseas? –le preguntó al más brillante de los Ngen.

–Yo no deseo nada... No hablo por mí, hablo y vengo por todos. –Miró el espíritu a sus vastos ejércitos–. No somos uno, somos Legión.

–¿Qué es lo que desean, entonces, Legión? –volvió a preguntar el Hacedor.

–Entréganos lo que has creado –le reclamaron con soberbia los Ngen de Wünelve, excepto Ngenvilú que permaneció detrás silente.

Pero el Padre no respondió. Siendo advertido por los espíritus fieles, Ngenechén había regresado en secreto al caos y desorden y usó su soplado para crear más y nuevos Ngen, muchos más que los del ejército del espíritu rebelde.

–¡¡¡Qué es lo que ocurre!!! –exclamó Wünelve al ver cómo sus fuerzas eran rodeadas por los nuevos espíritus.

–Conoce a tus nuevos hermanos –respondió Ngenechén mientras observaba cómo sus sirvientes recién surgidos de la chispa cercaban a los rebeldes y los reducían, obligándolos a arrodillarse ante ellos.

—¿Qué hacemos con nuestros hermanos? —preguntó el Ngen al cual le había sido dado el nombre de Ngenquital pues su brazo era una lanza de fuego.

—Encerradlos —ordenó Ngenechén.

—Pero son nuestros hermanos —trató de interceder el hermano de Ngenquital, al que llamaban Ngenco.

—Ya me escucharon —volvió a ordenar Ngenechén.

Ngenvilú intentó escabullirse a través de las sombras, pero Ngenquital interrumpió su huida obligándolo a permanecer con los prisioneros.

Los espíritus sublevados y rebeldes fueron conducidos por sus hermanos a las profundidades de las tinieblas. Todos caminaban en silencio, en especial los nuevos Ngen, ya que amaban a sus iguales.

—¿Por qué lloras, hermano? —le preguntó con astucia Wünelve a Ngencura, quien había sido ordenado por Ngenquital para encerrar a los atrevidos.

—Porque te amo a ti y a los míos.

—¿Y de seguro pensaste que Ngenechén iba a sentir piedad por nosotros?

—El padre es justo y bondadoso.

—¿Ves bondad en este castigo? Ngenechén se ha olvidado de nosotros. Incluso de ustedes, los nuevos, que creó con un solo propósito.

—¿De qué hablas, Wünelve?

—De lo que veo... Solo los sopló para tener un ejército con el cual combatirnos. Él habría podido derrotarnos solo si hubiese querido, pero se limitó a observar, dejando el trabajo sucio en tus manos y en las de Ngenquital...

—Eso no es así.

—Sabes que sí lo es, Ngencura... Mírate, imíranos! ¿Qué crees que hará Ngenechén con nosotros?

—Yo... —dudó el espíritu.

—Tú debes liberarnos —tentó Wünelve.

—Yo...

—Hazlo —la voz de Wünelve era como un susurro en los oídos de su hermano.

Ngencura bajó la guardia y miró al más bello y poderoso de sus hermanos.

–Bien... –susurró Wünelve, echando hacia abajo los brazos de Ngencura.

Pero entonces Ngencura reaccionó. Levantó la cabeza y clavó su mirada en el líder de los espíritus rebeldes.

–Intentas engañarme –le dijo y otra vez se puso en guardia, pero Wünelve era más astuto, rápido y fuerte y había aprovechado la debilidad y las dudas de su hermano para adelantarse. Se levantó sobre Ngencura y con todo su poder enterró los dedos de sus manos en los ojos del Ngen hasta reventarlo por dentro y pulverizar su cabeza.

–Error –dijo, mientras el Ngen se retorció antes de desaparecer.

Los Ngen presentes observaron con miedo y horror lo que Wünelve acababa de hacer.

–¡Muerte a los carceleros, muerte a Ngenechén, mis hermanos! –gritó el más precioso de los primeros nacidos, envalentando a sus fuerzas–. Si Ngenechén mató a uno de los nuestros para crear su nuevo juego, nosotros lo haremos porque es justo y nuestro derecho.

–Somos uno con Wünelve –aulló desde su rincón Ngenvilú.

Uno a uno los Ngen fieles a Ngenechén fueron cayendo ante el ataque de sus hermanos. Golpes, muerte, furia y odio se extendieron desde los compañeros de Wünelve hacia quienes habían sido sus iguales.

–A la Tierra –ordenó Wünelve al sentirse libre–. Tomemos lo que nos fue arrebatado –aulló con rabia.

Los Ngen renegados bajaron como lluvia negra sobre la superficie y se extendieron por todos los rincones, expandiendo el dominio de Wünelve por días, semanas, meses y años. Y en ese periodo hubo lágrimas en el cielo. También rabia y desconcierto. Ngenquital trepó hasta el trono del Padre y le contó lo que había hecho Wünelve.

–La Tierra es suya ahora.

–La Tierra no puede ser de él.

–¿Qué haremos ahora?

–Yo me iré a dormir... Y tú, Ngenquital, cuidarás de lo creado en mi ausencia.

–Pero ellos son más que nosotros.

–Ya escuchaste mi voluntad.

Cuando Wünelve se enteró de que Ngenechén se había retirado y el cielo estaba al mando de Ngenquital sintió su corazón hincharse de coraje. Había llegado la hora que estaba esperando desde aquella primera conversación con el Padre de Todo, la de arrebatarse su lugar y reinar por sobre lo existente. Mandó a llamar a sus capitanes y fieles y los convocó a una reunión.

–Ngenechén ha vuelto a dormir y el cielo está desarmado. El momento tan aguardado nos pertenece. Reunamos a nuestros ejércitos. Iremos en guerra contra el trono de las alturas.

–Pensé que querías la Tierra –le respondió Ngenvilú, que a pesar de su cobardía se había convertido en el brazo derecho de Wünelve.

–Quiero todo –le contestó Wünelve, con los ojos inyectados en fuego.

Día tras día los espíritus rebeldes atacaban con truenos y rayos las grandes mansiones del cosmos, allá donde el tiempo y el espacio se mezclan hasta ser una sola cosa. Ngenquital y sus espíritus intentaban resistir, pero el poder de Wünelve era cada vez más formidable. Explosiones y polvo cósmico llovían sobre el palacio del Todopoderoso, reduciendo a la nada murallas que habían sido levantadas para sostener lo eterno. Espíritus de uno y otro bando caían en una lucha que parecía no terminar y las heridas y el dolor se multiplicaban hasta colapsar el tiempo. Uno tras otro los grandes palacios se vinieron abajo, provocando en su desplome estallidos que reiniciaban al mismo universo. La nada y el desorden amenazaban con volver en una guerra eterna en la cual no cabía la victoria porque esta solo dependía de la voluntad de Ngenechén, una realidad que Wünelve conocía pero había preferido callar.

–Despierte, mi señor –clamó, a los pies de la cama de Ngenechén, el que respondía al nombre de Ngenmahuida.

Ngenechén abrió los ojos y se asomó a contemplar el caos que Wünelve había desatado. Se puso de pie y caminó hasta donde

se encontraba Ngenquital guiando a los más fieles de sus ejércitos.

–Venid conmigo –les dijo.

–¿Qué haremos? –preguntó el comandante de sus huestes.

–Solo vengan conmigo –respondió el Hacedor.

Y el ejército de Ngenechén bajó desde el corazón de lo creado hasta las tinieblas donde los rebeldes se habían refugiado a descansar tras haber triunfado en la última batalla.

–¡Vienes a entregarnos tu obra! –desafió Wünelve al verlo ingresar a sus dominios. Algunos de los rebeldes se reían, otros se burlaban.

–Vienes a rendirte –chilló Ngenvilú.

–Te inclinarás ante la mayoría –gritaban por allá.

–Tu corona será nuestra –aullaban por acá.

–¿Qué es lo que quieren? –les preguntó Ngenechén.

–Tu creación y tu poder –respondió Wünelve.

–¿Por qué quieren mi creación y mi poder?

–Porque no solo tú tienes derecho a tenerlo. Debe ser de todos. Somos iguales a ti. No ha de haber diferencia entre los espíritus. Queremos compartir tu poder con todos, es un derecho...

–¿Y si me niego a entregarlo?

–Te lo arrebataremos y te mataremos, Padre del Cielo –susurró Wünelve.

–¿Matar al Padre?

–Si es necesario para que los hijos crezcan –murmuró Ngenvilú.

–Pues vengan por mí, hijos míos. Crezcan...

Guiados por Wünelve, los espíritus rebeldes desenvainaron sus lanzas y espadas de fuego y cercaron a Ngenechén. Desconfiado como era, Ngenvilú prefirió hacerse a un lado y ante la mirada llena de rabia de Wünelve se escondió tras una roca para observar lo que iba a ocurrir.

Rodeado por sus enemigos, Ngenechén se arrodilló para recibir el ataque. Y con la mirada baja, sintió cómo las hojas y filos flamígeros se levantaban en su contra. Los espíritus buenos gritaron de horror. Mas antes de que la primera espada lo tocara, Ngenechén se levantó y lanzando fuego por los ojos desató todo

su poder contra los seguidores de Wünelve. Se alzó el Padre del Cielo y escupió a los rebeldes. Alcanzados por la saliva de Dios, los cuerpos y almas de los orgullosos se convirtieron en piedra. Y mientras se quejaban del dolor, los pisó con fuerza provocando que por su propio peso cayeran al abismo. El aire se abrió y los Ngen petrificados se deslizaron y rompieron la bola primigenia que entonces era la Tierra.

Se desparramaron los caídos y se convirtieron en montañas. Mientras eso ocurría, aquellos que no habían sido hechos piedras fueron convertidos en fuego viviente por la mirada inflamada del Creador. Y estos quedaron atrapados entre sus pétreos compañeros, destinados a pasar el resto de sus existencias en un inútil y desesperado intento por escapar. Al ser ígneos, sus cuerpos a veces reventaban y producían humo, fuego y explosiones que, desde el corazón de las montañas, dieron forma a los volcanes.

Y a esos malos espíritus les fue dado el nombre de Pillanes.

Pero el Padre del Cielo también era bondadoso y escuchó a algunos Pillanes que se arrastraron ante él, y en el dolor de sus cuerpos quemados clamaron por su misericordia.

–Perdónanos –lloraban mientras las llamas quemaban sus carnes y espíritus.

–Padre... –intercedió Ngenmahuida, que amaba a sus hermanos.

–Sea mi justicia y piedad –contestó el Creador del Universo.

Ngenechén dejó escapar entre el humo y las cenizas a los Pillanes arrepentidos y redujo su condena fijándolos en mitad de la noche, colgándolos desde lo más alto de la bóveda celeste, inmóviles compañeros de las tinieblas.

–Ahí permanecerán hasta el fin de lo que existe, recordando su soberbia y atrevimiento –les dijo.

Y desde entonces cada noche estos rebeldes brillan como luces por la incandescencia de sus cuerpos.

–Los llamaremos estrellas. Y tú –apuntó a Wünelve que se retorció con los dolores más intensos de todos– serás el más brillante, el lucero silencioso que guiará al resto de tus hermanos con una belleza que no te será quitada. No así tu voluntad, que guardaré conmigo hasta cuando sea necesario tu retorno. En

silencio Wünelve ascendió hasta lo más alto del cielo y allí sus llamas se apagaron y se convirtieron en luz blanca. Así nació la estrella más brillante y grande de todas.

Finalizada la gran guerra del cielo los Ngen buenos lloraron muchos días y noches por sus hermanos. Sus lágrimas cayeron desde las alturas y al arrastrar las cenizas y piedras formaron ríos, lagos y mares en la Tierra.

Como no había nada en la superficie de la Tierra, Ngenechen decidió enviar a Ngenkusé, un joven espíritu a recorrerla. Ngenmapu, que era la madre del muchacho, trató de intervenir para que su hijo no dejara el cielo, pero la voluntad de Dios ya estaba hecha y al Ngen le fue ordenado habitar la Tierra.

–Pero estará solo –clamó Ngenmapu.

–Tu hijo no estará solo –le prometió Ngenechén. Luego cogió el brillo de un espíritu convertido en estrella y sopló el resplandor para hacer una mujer, la cual mandó con su vástago.

–Su nombre es Ngenfuchá –le dijo.

Así fueron los *Nuevos nacidos*.

Como la Tierra estaba dura y las piedras dañaban sus pies, el Ngenechén ordenó que surgiera pasto muy blando y flores.

Un día la mujer estaba jugando y comenzó a deshojar las flores. De los pétalos surgieron las aves y las mariposas y también los frutos. Y de los frutos emergieron los árboles. Hombre y mujer estaban felices.

Ngenechén, para vigilarlos y evitar que pudiera surgir un nuevo Wünelve, abrió un gran hoyo en el día y cuando se asomaba daba luz y calor, y así fue creado el Sol. También la madre Ngenmapu posaba sus ojos por la hendidura, pero lo hacía de noche y al asomarse filtraba una luz blanca y suave, que su hijo llamó Luna.

Pero en lo profundo de las montañas los Pillanes continuaban enojados, más cuando uno de ellos se enamoró de Ngenfuchá. Como no podía escapar de su prisión de rocas, su rabia comenzó a crecer día a día, emitiendo gritos de angustia que fueron escuchados por Ngenvilú, que había logrado escapar de la ira del Padre. Ngenvilú se había convertido en un espíritu malvado, una criatura oscura llena de resentimiento que había adquirido la

forma de una mujer completamente negra. Ella le regaló al Pillán un pelo suyo muy negro y muy largo, que el espíritu de fuego lanzó fuera del volcán donde habitaba. El cabello cobró vida y se convirtió en una culebra delgada que se arrastró hasta donde dormían Ngenkusé y Ngenfuchá.

La serpiente, que era la voluntad de Ngenvilú, habló con el hombre y la mujer. Ellos la escucharon y respondieron a todas sus preguntas.

—¿Cómo fueron creados? —interrogó la víbora.

—Nací de un espíritu del cielo, soy hijo de la Luna —confesó Ngenkusé.

—Yo vengo de la luz de una estrella —confesó Ngenfuchá.

Ngenechén se enfureció con el hombre y la mujer porque estos escucharon a la serpiente. Tembló la tierra y rugieron los volcanes, y todo lo que había sido hecho fue destruido. Solo quedaron el hombre, la mujer, un copihue blanco y Ngenvilú, que otra vez consiguió huir del castigo del Creador.

Al sentirse solos, Ngenkusé y Ngenfuchá se aparearon y de esta cruz tuvieron descendientes: un tigre, un puma, una zorra y otros vástagos llenos de pelo, que caminaban en cuatro patas y no obedecían a sus padres, escapando y escondiéndose de ellos.

No había luz y reinaba el frío y la noche. La Luna a veces se asomaba por el hueco para mirar a su hijo y en una de esas ocasiones dejó caer unas semillas que la mujer sembró. Tuvieron después, el hombre y la mujer, otro hijo, un muchacho muy bueno y hermoso.

Ngenfuchá le cantaba tan lindo a su nuevo hijo que Ngenechén volvió a asomarse al hueco para saber por qué estaba tan contenta. Todos los días se acercó el Padre del Cielo a escuchar el canto y así volvió el Sol y con el Sol regresó la luz. Crecieron los árboles, las plantas y las frutas, porque tanta era la felicidad del Hacedor ante aquella nueva criatura que su bendición se extendió a lo largo y ancho de los cuatro puntos de lo existente.

Pero los hermanos animales sintieron celos de ese hijo y Ngenvilú se aprovechó de esa emoción. Una noche se deslizó hasta donde dormía el Puma y le habló en sueños, germinando una perversa idea en el gran gato.

—Yo tomaré la vida de ese niño —dijo el Puma a sus compañeros a la mañana siguiente.

En la oscuridad de la noche, el Puma se deslizó hasta donde dormía la familia y, sin que Ngenkusé y Ngenfuchá se percataran de su presencia, mordió la garganta del pequeño, hundiendo sus afilados dientes en la carne del niño, arrebatándole su aliento. La sangre del vástago cayó sobre el copihue blanco y lo tornó rojo. Y del copihue y la sangre surgieron nuevos hombres y nuevas mujeres que consolaron la pena de los padres. Y estos hombres y mujeres se juntaron con los animales y tuvieron familias. De este cruce provienen los Mapuches, el pueblo de la Tierra. Sabios e impetuosos como los primeros espíritus; valientes y bravos como el Tigre y el Puma; astutos y prudentes como el Zorro.

Ngenechén vio a estos nuevos hombres y los hizo trabajar. Les aconsejó que hicieran rogativas llamadas Nguillatún para agradecer y pedir. Y así hubo paz y prosperidad por mil años.

Pero entonces los mapuches olvidaron al Padre del Cielo, escucharon a Ngenvilú que seguía reptando entre las sombras y descuidaron las cosechas, el trabajo y la devoción. Furioso, Ngenechén decidió destruir nuevamente lo creado, pero en esta ocasión no lo hizo él. Bajó a las profundidades y desató a dos serpientes gigantes tan viejas como el tiempo. Y así emergieron las grandes víboras Tenten y Caicai y de su lucha vino un cataclismo del cual sobrevivieron solo los hombres buenos de corazón a quienes Ngenechén juró amar y cuidar hasta que su voluntad dictara lo contrario.

El Diablo chileno

«Don René siempre fue un hombre solo», comenzó don Patricio Troncoso, dueño de un almacén que lleva más de cincuenta años en la esquina de calle Gana con avenida Balmaceda en la ciudad de Traiguén, en la Araucanía. Lo conozco de toda la vida, aunque «conocer» sea una exageración. Sucede que mis abuelos –por el lado Ortega– vivían a media cuadra de su almacén, en el número 454 de Gana. Él, por supuesto, no se acuerda de mí, con suerte algo le suena mi papá. Con mis abuelos la cosa es distinta. «¡Don Pancho y la señora Chelita, qué buenas personas... Dios las tenga en su santo reino!», exclamaba. Nombrarlos fue el *password* para ganar su confianza, después de todo íbamos a hablar del pueblo y del Diablo, dos temas que, en Traiguén, nadie conoce mejor que don Patricio Troncoso.

–No tenía familia, ni nadie conocido –siguió el hombre de ochenta y nueve años de edad, quien ha visto pasar la existencia de Traiguén completa delante de sus ojos; alguna vez una ciudad de abolengo, alguna vez llamada el Granero de Chile.

–¿En serio tiene casi noventa años?

–Así como me ve.

Lo veo bien, bastante para su edad. A una primera impresión, uno podría decir que con suerte don Patricio tiene setenta años. Su cabello, aunque canoso, es abundante y firme; además lleva el rostro cuidadosamente afeitado, lo que le resta aun más años. Pocas arrugas, salvo las de la frente, le regalan juventud y engañan a primeras y segundas impresiones. De porte mediano, no camina inclinado, «y eso que jamás hice deporte, salvo caminar una hora cada día de mi vida». Además viste jeans, chaleco de polar verde brillante y zapatillas deportivas blancas; según él, porque le permiten moverse con más agilidad y también engañar al tiempo. Le gusta, en sus propias palabras, «sentirse lolo». Solo

las manchas y venas inflamadas que recorren el dorso de sus manos delatan que ya hace rato pasó las siete décadas.

—¿Y por qué dice que este señor trajo mala suerte al pueblo? —le pregunté.

—Porque la trajo, estoy seguro de que él no solo entregó su alma al Diablo, sino la de todo Traiguén, Ave María purísima. —Se persigna—. Después de su muerte en..., no me acuerdo el año, pero fue en los setenta, todo esto se fue al carajo. Usted puede ver al pueblo, y ya no es lo que era.

Don Patricio tiene razón. Caminar por Traiguén² es caminar por la postal de un pasado rutilante. El centro de la ciudad luce grandes palacios y mansiones, convertidas hoy en supermercados, tiendas de «Todo a mil» y locales de juegos electrónicos. Una de las casonas es ahora un templo evangélico y las fastuosas construcciones que asedian la Plaza de Armas han debido obligarse a soportar que sus paredes de mármol fueran pintadas con el más dudoso de los gustos, convertidos asimismo sus lujosos corredores en pasillos para galerías comerciales cargadas con luces de neón. La población traiguenina, de hecho, es escasa en gente joven. Hay niños, por supuesto, pero desde los dieciocho a los cincuenta parece darse un salto. Traiguén es una localidad donde el promedio de edad es cercano a la de don Patricio³, es una ciudad vieja.

—Traiguén se está muriendo y es culpa de este sujeto —asegura. Medito sobre el acusado; en la mayoría de estos cuentos, nunca tienen apellido. Aquí solo es don René.

—¿Por qué vendió su alma al Diablo?

—¿Por qué más va a ser? Mire, todos sabemos que así fue, es la única explicación para lo que pasó. Don René era hijo de una familia de acá de la zona que cayó en desgracia y perdieron todo, estaban en la calle... Un día, después de la muerte de sus padres, se fue del pueblo y a los años regresó con una fortuna, compró

2. En mayo de 2006.

3. No es su verdadero nombre, en la época de la entrevista me pidió que no pusiera su nombre real. Sus familiares, ocho años después de su muerte, tampoco.

una barraca junto a la Estación de Ferrocarriles con la cual hizo aún más riqueza, todo como de milagro. Además, vivía solo en una casona que ya no existe, frente a la barraca, que se quemó cuarenta días después de su muerte –Dios sabe la razón–. Fueron exactos cuarenta días, los mismos que el Señor estuvo en el desierto tentado por Satanás. –Se vuelve a persignar–. Contésteme usted, de dónde salió ese dinero. Este fulano no tenía nada y de un momento a otro se convirtió en uno de los hombres más ricos del pueblo y de la zona.

–Quizás se ganó la lotería...

–Eso siempre se sabe. Es que usted no cree y no es de aquí. –Me sonrío con una boca a la que le faltan varias piezas y que junto al detalle de las manos son los rasgos que más delatan su abundante edad.

–Soy de Victoria.

–No es lo mismo. Usted no es de aquí. Don René vivía solo, no salía de su casa y criaba solamente animales negros en su patio. Perros, gatos y gallinas, eso es del Diablo. Además, está lo otro...

–¿Qué es lo otro?

–Mi cuñada, que en paz descansa, trabajó para este señor por muchos años. Le lavaba la ropa y le cocinaba, y ¿usted sabe lo que pedía para la Noche de San Juan?

–No.

–Que hicieran un estofado de vacuno y sirvieran dos platos. Uno para él, a la cabeza de la mesa, como cada noche; y otro a la derecha, para su socio. Luego pedía que lo dejaran solo y salieran de la casa.

–¿Qué socio?

–Qué socio va a ser, pues amigo...

–¿Y alguien se comía ese estofado?

–No. Mi cuñada decía que a la mañana siguiente estaba intacto pero frío. Usted sabe que el Diablo no necesita comer.

–No, no lo sabía.

«El Diablo chileno no es Satanás ni Lucifer», me dijo el filósofo Gastón Soublette⁴, cuando le conté esta historia. Estábamos sentados en una banca en el patio central del Campus Oriente de la Universidad Católica hablando. «Lucifer, como se entiende desde la Biblia y la tradición cristiana...», subrayó su idea.

–El Ángel Caído.

–Exacto. El Ángel Caído, o el Prometeo, para los esotéricos. La cuestión es que esta figura ni siquiera tiene una coincidencia en los mitos creacionistas chilenos, que son parecidos tanto los de los pueblos del norte como los del sur y el génesis mapuche, que responden a un mismo arquetipo producto del mestizaje en nuestro territorio. El Ngenechén mapuche es, básicamente, una representación del Inti quechua, una deidad solar, creador de todo lo que existe. Después de Dios hay un colectivo que son espíritus, o Ngen, que convivían con el Creador...

–Como los ángeles.

–Sí, pero al contrario que los ángeles, acá no hay un gran adversario, a lo más un rebelde que después de perder la guerra celestial es perdonado y convertido en Wünelve, la Venus, el lucero, la estrella mapuche... Lo más parecido son los Pillanes que vendrían a ser una suerte de demonios, pero no de Satanás.

–¿Entonces qué o quién es el Diablo chileno?

–Un pícaro, un señor que se aparece de distintas maneras y que vive solo en Chile, en lugares apartados, campo, cordillera, bosques... Existe para tentar y ofrecer una mejor vida, dar riqueza de forma inmediata.

–A cambio del alma e irse al infierno.

–Sí y no. El Diablo chileno, al contrario que el diablo judeocristiano, te roba el alma pero no la envía al infierno. No existe en nuestra tradición la idea de ese lugar de tormento, del lago de fuego descrito en la Biblia...

–Pero se habla que el Diablo chileno habita en cuevas, bajo tierra, que es una idea del infierno.

4. Esta entrevista y conversación fue realizada en junio de 2006.

—Tú lo acabas de decir. Allí habita el Diablo chileno, a lo más con unos animales negros que lo acompañan. Es su casa, no es un lugar de tormento para las almas de los pecadores —subraya.

—¿Y qué hace con nosotros, entonces?

—Algo peor, te condena a una vida maldita. Ese es el precio de vender tu alma. No hay infierno, pero tu vida en el mundo se convierte en uno, que afecta a todos los que te rodean, si es que acaso te rodea alguien. Porque ese es uno de los costos de vender tu alma, la soledad.

—Entonces el Diablo chileno no es ni Satanás, ni Belcebú, ni Lucifer...

—No, aunque a veces usurpa su nombre... El Diablo chileno es simplemente el Diablo chileno... Esto no es tema de religión, sino de folklore. Satanás quizás no exista, tal vez no sea más que un dogma judeocristiano, pero el Diablo chileno, en el campo, es muy real. Hay gente que lo ha visto, hay gente que ha conversado y pactado con él.

Pienso en las palabras de Soubllette y en el cine de Raúl Ruiz, quizás quien mejor entendió la presencia y la existencia del Diablo chileno en la narrativa nacional, un personaje en que la picardía se mezcla con la maldad: la expresión sobrenatural del ser chileno.

Recuerdo cuando era chico y decían que cerca de Victoria, en el camino que unía mi ciudad natal con la localidad de Quino, se aparecía —siempre a medianoche y justo en el cruce de la ruta con el ramal ferroviario que unía Púa con Traiguén— un hombre alto, de bigote, vestido entero de negro que detenía a los viajeros. Cuando estos se acercaban les sonreía con una dentadura entera de oro. Y ahí quedaban dos opciones. O escapar (como alma que lleva el diablo!) o hablar con el «Diente de Oro». Si uno tenía suerte el Diablo indicaba los entierros de tesoros que habían en la zona, vigilados por Anchimalenes, bolas de fuego de la mitología mapuche. La riqueza estaba al alcance de la valentía del viajero, es decir, del precio, por supuesto, de su alma y una vida maldita. En la superficie no parece un costo excesivo. Ser rico y estar solo puede tener sus ventajas. Me acuerdo de los rumores acerca de que tal o cual personaje de la zona había tra-

tado con el hombre alto, y que por eso de la noche a la mañana se había hecho rico.

No es rara esta idea, si hay algo que tiene nuestro yo chileno es la moral de hacer fortuna de manera milagrosa. En nuestro país pocos dicen «voy a trabajar treinta años para ser millonario», lo común es decir: «quiero ganarme el Kino», tal vez antes del Kino más de uno pensó en pactar con el Diablo para tener fortuna inmediata. Fortuna que, por supuesto, es solo económica, porque al contrario que el dinero conseguido por trabajo, esta no acarrea suerte, sino una culpa que pesa una tonelada y que acompañará por el resto de los días.

Se sostiene que la mayoría de los mitos corresponden a arquetipos universales. Y en ese sentido la idea de la venta del alma al Diablo a cambio de fortuna es un modelo que ha sabido permanecer con el paso del tiempo, mediante un sincretismo que pasa del paganismo al cristianismo e incluso a la paranoia contemporánea. Solo pensemos en un folklore tan de era espacial como son los ovnis. La idea de que las superpotencias pactaron con estos seres donde a cambio de tecnología avanzada (¿riqueza?) les permiten moverse con entera libertad y secuestrar humanos (¿almas de una nación?) es exactamente la misma que la de la leyenda, por ejemplo, del vino Casillero del Diablo de la viña Concha y Toro, donde un personaje que desea el vino perfecto pacta con una entidad etérea y sobrenatural que le permite acceder a esta bebida absoluta a cambio de lo que ya sabemos. Curioso que hoy nos parezca más políticamente correcto admitir que creemos en extraterrestres a decir que creemos en el Diablo.

Existe un detalle fundamental en el Diablo chileno y es su relación con el oro⁵. De norte a sur se materializa en la forma de un caballero elegante con sonrisa de oro. Por supuesto a veces adquiere otras formas, la guagua con dientes de oro; gatos, perros, burros y caballos, todos negros pero con dientes de oro. Incluso en la zona campestre de Cauquenes se habla de un gallo negro con pico de oro. Es su sello, su identidad, de ahí que entre

5. Villalobos, Daniel; Ortega, Francisco . *Mitos del sur de Chile*. Santiago. Revista *Muy Interesante*. Agosto 2006.

los cientos de apodos con que se le conoce (el Mandinga, el Cachúo, el Cola' e flecha, el Patas de Hilo, el Patas de Cabra, etc.) el más chileno de todo sea justamente el Diente de Oro.

Para la antropóloga Sonia Montecino⁶ esta relación con el oro tendría relación por una parte con la naturaleza del Diablo chileno, que es un dador de fortuna, de riqueza –de ahí también que en el norte suele aparecer y rondar en yacimientos mineros y ser el directo responsable del descubrimiento de vetas–, pero también como una manera de oponerse al metal noble, al que se usa para santiguarse y expulsarse y que está en las antípodas del oro: la plata.

–Hay otra diferencia fundamental entre el Diablo chileno y el demonio de la religión cristiana –me decía Soubllette–: El Diablo chileno no realiza posesiones...

–¿Menos poder que el antagonista bíblico?

–Me gusta pensar que el Diablo chileno es por naturaleza un buen tipo. Oscuro, pero un buen tipo.

Montecino complementa a Soubllette y subraya: «el Diablo chileno es un producto del mundo campesino mestizo, releído, una reelaboración sincrética que surge de la tradición popular».

Existen muchas representaciones del Diablo chileno. En el norte, en la Provincia de Tarapacá, en la zona de Chitita, se aparece con la forma de una guagua llorona que llama a los caminantes y viajeros nocturnos. Al acercarse el niño abre los ojos y echa fuego entre dientes puntiagudos. Parece la versión moderna de ese mito surgido en 1984 en la misma ciudad de Arica (posteriormente surgieron versiones en cada ciudad de Chile), donde la prensa aseguró que había nacido una guagua en extremo fea y desfigurada en el hospital provincial. Al verla, una enfermera exclamó «¡que guagua más fea!», entonces el bebé abrió sus ojos y la boca y dijo: «Más feo es lo que va a pasar el 21» y luego murió dejando el hospital entero pasado a azufre, sin que se supiera más sobre lo que iba a ocurrir el 21, o quién fue la madre de la famosa criatura.

6. Montecino Aguirre, Sonia. *Mitos de Chile: Diccionario de seres, mitos y encantos*. Santiago. Catalonia, 2015.

También en el norte, a orillas del río Loa, en Chiu Chiu, aparece el Diablo todas las noches con un cuchillo de oro en la boca convidando a irse con él a los que encuentra a su paso, bajo la promesa de absoluta riqueza. En Chañaral se asegura que usa sombrero de copa, zapatos brillantes y un bastón que mueve como péndulo. Sus ojos destellan como brasas y no son pocos los que sostienen que expulsa llamas por la boca y luce cuernos de oro sobre la cabeza. Hacia la zona de Coquimbo, Oreste Plath en su fundamental *Geografía del mito y la leyenda chilena*⁷ recoge la versión del folklorista Homero Bascuñán que asegura que el Diablo pasa temporadas en las minas trabajando junto al resto de los hombres. Es el minero que extrae más riquezas. Nadie sabe su nombre ni de dónde viene, pero cuando sonrío su dentadura brilla en oro. De la misma zona emerge en la forma de un burro negro que invita a subirse a su anca a todos los niños que encuentra. A medida que trepan más, el burro crece y así se los va llevando. Uno de los tantos cuentos al respecto sostiene que en una ocasión uno de los pequeños exclamó: «¡¡¡Ave María purísima, cómo crece este bruto!!!», ocasionando que el burro negro explotara en una nube de azufre. Entonces los niños descubrieron que se trataba del Cola 'e flecha.

En Curimón, el Diablo se pasea por la calle Real a medianoche, en una carroza negra tirada por un caballo de igual color que tiene los ojos como brasas y expulsa fuego por las narices. Viste entero de negro y lleva una guitarra con la cual atrae a los niños, que luego conduce hacia el camino que une San Felipe con Los Andes, donde habitaría una cueva que lleva hasta el centro mismo de la Tierra. Por ahí cerca, en Cabildo, se cuenta que el Diablo toma la forma de una mujer que llora lastimeramente para así atraer a los transeúntes a quienes tienta a cambio de su alma.

En la zona de Nilahue, el Diablo chileno se metamorfosea en una atractiva jovencita que atrae a jinetes y viajeros a quienes, tras seducirlos, lleva a la perdición mostrándoles una sonrisa

7. Plath, Oreste. *Geografía del mito y la leyenda chilena*. Santiago. Fondo de Cultura Económica, 1973

monstruosa con dientes desencajados, todos del oro más reluciente. Tan aterradora es esta visión que los desafortunados no solo pierden el alma, sino que se vuelven completamente locos.

Oreste Plath acentúa la importancia de la geografía en nuestro Diablo. Ríos, lagos, campos y bosques están marcados por su presencia. En el valle de Azapa, cerca de Arica, se cuenta que los caminos de la zona están malditos por el Diente de Oro, ya que odia los olivos debido a que la primera planta que floreció tras la resurrección de Cristo fue un retoño de olivo en el monte donde el Señor ascendió a los cielos. Así también muchos puentes llevan su impronta y solo se pueden cruzar de día, pues en la noche acude un personaje vestido de negro con un gran diente de oro. Era el caso del viejo puente de Cal y Canto de la ciudad de Santiago. Se decía que fue construido entre 1767 y 1782 mediante un pacto del corregidor Zañartu con el Diablo. El arreglo consistía en que el Diente de Oro levantaría el puente en una sola noche; de lo contrario Zañartu quedaría libre de su compromiso. Pero mientras el Diablo trabajaba cantaron tres gallos. Al cantar el último, el Diablo debió regresar al infierno sin concluir su obra. Zañartu tuvo que terminar el puente, y aunque se salvó de la condena, el Cal y Canto quedó maldito y muy pocos se atrevían a cruzarlo de noche ya que se decía que en mitad de las obras se aparecía un jinete negro, sobre un caballo negro, con los dientes brillantes de oro puro. Lo cierto es que la fama de maldito de Zañartu supera la anécdota de su pacto con el Diablo. Se cuenta de su fama de juez sin piedad, que mandaba a azotar hasta la muerte a delincuentes y enemigos políticos y que incluso encerró a sus hijas en un claustro como prueba de su devoción religiosa. Sumado a lo anterior, está el dato de que el puente de Cal y Canto se construyó en 1767 usando como mano de obra a todos los presos que se encontraban entonces en los dos cuarteles que funcionaban en Santiago de Chile. El propio corregidor levantó una cárcel junto al Mapocho especialmente para tener más obreros, los que bajo la orden del látigo y el garrote levantaron el viaducto bajo un régimen de absoluta esclavitud. Estos abusos incluso llamaron la atención de la Procuraduría de los Pobres de Santiago, cuyo vocero se quejaría públicamente por